

La leche derramada

La naturaleza seguía propagándose en la oscuridad

ANDREA MEJÍA

Tusquets Editores, Bogotá, 2018, 97 pp.

EL ENVEJECIDO diccionario que heredé de mi padre dice que lo cotidiano es “lo correspondiente a todos los días”. En “Júpiter”, el último de los diez cuentos que componen *La naturaleza seguía propagándose en la oscuridad*, la narradora está pasando el fin de semana en la casa de campo que les prestan a ella y a su pareja. En ausencia de esta, y con la idea de escribir, se sienta bajo una ventana y comenta: “Me costaba concentrarme en un cuarto que no era el mío porque mi mente empezaba a perseguir la cotidianidad de los que lo ocupaban habitualmente” (p. 88). Páginas atrás había hecho la siguiente observación:

Ciertas cosas en la casa me parecían un signo de felicidad: las dos tumbonas en el jardín dispuestas hacia el oeste, o el hecho simple de que cada uno tuviera sus cosas en su mesa de noche. Que ella tuviera sus cosas y él sus libros; que ella tuviera la colección de muñecas al lado de los libros de él. Exactamente las mismas cosas podían ser señal de infelicidad. (p. 86)

Es posible que “lo correspondiente a todos los días” haya sido siempre diverso, rico en matices, en esencia inescrutables; pero estoy seguro de que todos tenemos la impresión de que nuestro mundo, ese en que vivimos hoy —y la palabra “hoy” sí que es una incógnita, una que se renueva cada veinticuatro horas—, es mucho más complejo, ambiguo e inabarcable de lo que fue el de nuestros padres y el de nuestros abuelos. De manera reflexiva, me atrevería a agregar que incluso contenida, Andrea Mejía escribe sobre los misterios de esa cotidianidad con ojo de fotógrafa, de una fotógrafa que tiene gusto particular por lo minucioso y lo instantáneo. Así, en “Zorros salvajes”, en mi opinión el mejor cuento del libro, nos obliga a internarnos en la noche y en una finca que tiene algo de mansión de película de terror, con pieles de conejo expuestas a la intemperie para que se

sequen y costales vacíos que se arrastran por el suelo. Pero descubrimos que adonde han llegado las tres niñas, Aleja, Camila y la narradora, es a la paz del hogar de los abuelos, y que si algo es amenazante, incluso violento, es la relación entre los padres que las han llevado hasta allí, la cual queda expuesta en muy pocas líneas: “Le dije [a la abuela] que mis papás se habían pegado y que mi mamá tenía sangre” (p. 12), y unos párrafos después: “Un grito llegó de la sala, amortiguado por algo que se derrumbó” (p. 15). Enseguida Aleja bosteza y balbucea mientras su índice recorre las páginas de un cómic, a pesar de que Camila nos informa que su hermanita no sabe leer. En apariencia indiferentes, las tres siguen comiendo pastel de ruibarbo y después se acurrucan en la cama, y se duermen con la luz prendida. Algo, necesariamente, está pasando en el piso de abajo, pero los lectores solo podemos adivinarlo. De lo que no tenemos duda es de que las niñas, quizás hasta la más pequeña, saben que su familia está cerca de convertirse en un campo de batalla, o ya lo es.

Andrea, la narradora del cuento que abre el volumen, “El pez más pálido de todos”, suele ser presentada por su padre a los amigos con los que comparte en las fiestas que da en su casa. Enfatiza que es su hija —como si no fuera información pública—, que son muy cercanos y es imposible tener problemas con ella. Murmura que la adora y después parece que fuera a llorar, muy conmovido con su afirmación, pero en la página final tienen un desencuentro que se resuelve con brusquedad, sin insinuación de un diálogo conciliador. En “Checo”, una familia —que bien podría ser la misma de los dos cuentos que acabo de citar— camina por el borde de un cráter sitiado por la neblina. Mientras la madre aferra las manos de dos de sus hijas, el padre desaparece, se difumina. Al final, cuando la narradora le pide a este que adopten al perro que da título al cuento, no hay respuesta. “Mi papá miraba en la dirección que debíamos tomar para bajar hasta el pie del volcán” (p. 20), nos informa primero, para confirmarnos, pocos renglones más abajo, ese signo inequívoco de lejanía: “Su mirada se hundía en el paisaje como si tratara de arrancarle algún secreto” (p. 20). Estos no son los únicos casos en que los personajes masculinos parecen incapaces

de afrontar con ecuanimidad no solo las situaciones conflictivas, sino también las simples coyunturas de la vida diaria. Por contraste, en “Un pájaro negro muy bello”, es al padre a quien busca Amalia, la joven hija de la narradora. Dos días después se reencuentra con su madre a la salida del colegio y los renglones finales del cuento son impecables:

Nos detuvimos en una esquina mientras esperábamos que el semáforo peatonal cambiara y entonces me volví para verla. Llevaba unos pantalones grises con una raya verde en los costados, un top blanco y la chaqueta de jean que me había heredado. Su rostro estaba en calma y su piel se veía blanca y limpia bajo el sol.

Esa tarde nuestra conversación fue muy tranquila, pero ella había decidido no volver a casa. (p. 41)

Pese a la evidente coherencia que existe entre las diversas piezas que componen el libro, tanto en lo temático como en los aspectos técnicos, lo que invita a hablar de unidad, no todos los cuentos están narrados en primera persona y, por lo menos desde mi punto de vista, la escritura de Andrea Mejía, a veces tan poética y por lo tanto tan elusiva, es mucho más eficiente cuando escuchamos directamente a las narradoras, cuando podemos palpar sus dudas, sus temores. En tales casos hay una cercanía, una fragilidad, que en la tercera persona se debilitan un poco. No debe sorprender, por tanto, que confiese mi gusto por esa narradora que intuyo entre la infancia y la adolescencia, situada en ese momento en el que la visión es profunda e hiriente, pero la experiencia todavía no permite llegar a conclusiones rotundas. Guardando las distancias, algunos párrafos me hicieron recordar la última película del director norteamericano Robert Mulligan (1925-2008), *The Man in the Moon* (1991), debut cinematográfico de la actriz Reese Witherspoon, con un personaje lleno de sensibilidad y deseos.

De igual manera, debo afirmar que en este libro prefiero los cuentos cortos a los largos, y esto es, por supuesto, un gusto personal. En “Ballenas”, que ocupa más de veinte páginas, el tema del maltrato masculino se va diluyendo en la relación de un viaje a Gor-

gona, isla del Pacífico colombiano. Si bien hay posibles correspondencias y la descripción de cómo se sostiene la normalidad, más para los miembros de la pareja que para quienes los acompañan, y de cómo ella se resigna a la inercia de unos días que debían ser placenteros pero que no son más que el paréntesis de una situación que ya es una crisis, valen la pena, pero la extensión obliga a Andrea Mejía a uno de los finales menos sugerentes del libro: “Sentí que mis lágrimas se aposaban en el borde inferior de mi careta” (p. 82).

De otro lado, “Cactus” puede ser el cuento más breve del libro. En él, una pareja se reencuentra después de la separación. Ella ve al hombre distinto, más arrugada la piel bajo los ojos, y se pregunta desde cuándo le gustan los cactus, ya que ha formado un pequeño jardín. Busca agua fría en la nevera y al abrirla con demasiada fuerza, una bolsa de leche cae y se forma un charco que después se expande por las juntas de las baldosas. Trata de secar, pero el trapo se empapa de inmediato. Le dan náuseas: “Yo no sentía náuseas desde el embarazo”, afirma (p. 33). Pero no llora, el que llora es él. A veces son más fáciles las señas de la infelicidad.

Octavio Escobar Giraldo

Universidad de Caldas